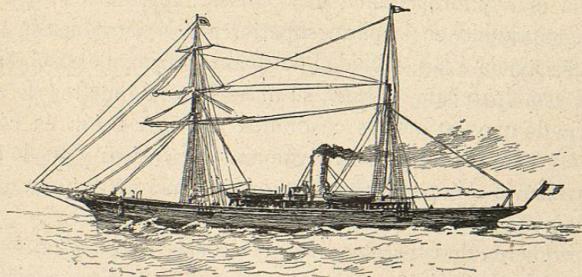


al vuelo, se componía por lo regular de conservas. El agua potable no faltó, habiendo hecho acopio de 650 litros, con lo cual hubo de sobra para la travesía.

En suma, el viaje fué muy feliz, y para probar la insumergibilidad del *Neversink*, no se podía hacer una experiencia más concluyente que este larguísimo viaje.

En cuanto á nosotros, tampoco pudiéramos terminar con un rasgo más bello este breve análisis de la exposición marítima y fluvial.

ENRIQUE PHILIPPE.



El *Eros*, yacht de Rothschild



Primera impresión en el Campo de Marte

LOS TRENES DE RECREO

Allí están por tandas de cincuenta, sentados entre cajas de los floridos sombreros de las damas, reteniendo entre sus empolvados pies enormes canastos donde fermentan los restos de las comidas de viaje, carnes pasadas, embutidos varios y botellas medio vacías. Alguno lleva consigo todo su equipaje, liado en el consabido pañuelo de algodón á cuadros azules. Todo esto ocupa espacio considerable, que disminuye el desahogo y comodidad del viajero y esparce en el wagón, cortado en cinco compartimientos, un fuerte olor de *frichti*.

En Medun, llevan ya treinta y seis horas de ferrocarril. ¡Treinta y seis horas de tercera en el cuerpo! Pero ¿creéis que estén cansados? No; sólo tienen calor. Van sofocados y sudan por todos los poros. Las mujeres se han puesto con sabio acuerdo ligeros pañuelos en los hombros desabrochándose algunos botones del pecho, y una voluminosa mamá, tan gruesa como locuaz, una auverniata de perfil romano, reluciente de sudor, toma resueltamente su partido y dice con toda esta gallardía:

— Yo por mí, me pongo á mis anchas; que las demás hagan otro tanto, si quieren.

Y en efecto, se siente mucho mejor, después de haber aflojado todo lo que la oprimía.

Los hombres se han quitado sus sombreros de los domingos: con el dorso de la mano se enjugan la frente surcada por gotas de un sudor negruzco. Con el chaleco abierto, dejando ver toda la pechera de su camisa nueva, se han quitado el paletot. Los más avisados se han hecho una almohada de la ropa de que se despojaron: siempre es más blando esto que la desnuda tabla.

Vienen casi de todas partes: de las montañas de Saboya y de los valles de la Auvernia, y son robustos y alegres. He aquí un grupo de camaradas del mismo pueblo. Son cinco y llevan cuatrocientos francos para comer. ¡Oh! se los comerán, no lo dudéis, se los comerán y se los beberán, sobre todo, y no tardarán mucho.

— A lo menos os acostaréis un rato al llegar á París.

— ¡Acostarnos! ¡Bah! No lo habéis pensado bien, señor mío. A buen seguro, buscaremos un alojamiento, pero sin más demora nos pondremos otra vez en marcha...

— ¡En marcha otra vez!

— Sin duda... para la Exposición.

Un grito se oye en el wagón. ¡La torre Eiffel! ¡Palabra mágica! Cunde instantáneamente un movimiento en la banqueta y las cabezas se apiñan á tres y á cuatro en las ventanillas.

— ¿Adónde, adónde?

De hecho no se ve nada en el horizonte. Está amaneciendo y el cielo aun gris, con ese color opaco del alba, está tendido ante los ojos como un velo. El tren corre en esta bruma, precursora de un bello día tropical, la máquina silba en los discos, y los viajeros del tren de recreo se desojan mirando por las ventanillas sin ver aun la dichosa torre Eiffel.

El que dió la voz de alarma afirma haberla visto allá lejos, muy lejos. ¿No la veis? Es una angustia porque todos la quieren ver y no la ven. En el fondo, no han venido más que por ella. ¡Hace tanto tiempo que oyen hablar de la torre Eiffel y que se les enseñan reproducciones del gigante de hierro!

Así como así, no es la primera vez que se les da el bromazo de mostrarles la torre del Campo de Marte, desde que van de viaje. Ya la víspera, allá en el fondo del Borbonés, la misma chusca voz les había anunciado la dichosa torre. Era media noche y todos los viajeros hubieron de precipitarse á las ventanillas sintiendo dentro de sí la más profunda emoción.

Este viaje á París para visitar la Exposición es un sueño flotante, sin forma precisa en el espíritu compacto de ese *turista* popular. La torre Eiffel domina toda especie de sensación particular en él: ella reúne todo lo que él quiere ver; y tiene prisa y ansiedad por descubrirla, por acercarse á ella, por subir y bajar sus vertiginosas escaleras, por comprar una reproducción cualquiera del gigante ya visto. Mas allá de esto, no sabe nada. Mejor dicho; tiene la torre Eiffel en el alma; pero no es precisamente el deseo de contemplarla lo que lo agujonea, sino el derecho de poder decir á los que no hayan podido salir del pueblo:

«¡Oh! ¡La torre Eiffel! Bien la conozco por dentro y por fuera: he estado en ella. Y hasta puedo enseñar su verdadera imagen, comprada por mí en el mismo París.»

Y cediendo á este noble arranque de orgullo, sacará de un cajón una pobre reliquia de plomo simulando la famosa torre, comprada á un vendedor ambulante de los muelles que gritaba:

— ¡Trescientos metros de hierro por cinco céntimos!

Fuera de esto, la célebre torre Eiffel habrá servido de pretexto á muchos para el viaje de París. Se contaba últimamente la historia de un rural del Norte, que hubo de aprovechar un tren de recreo para venir á ver á su anciano padre en la agonía. El bueno del hombre habitaba, por fortuna, no lejos de Grenelle en un piso muy elevado de su casa, y desde su cuarto se veía la torre Eiffel, como si se estuviera encima. El enfermo

tuvo la buena idea de morir por entonces, y el hijo pudo á la vez enterrar á su padre y aprovechar su regreso.

En París se abren las estaciones como las esclusas para dejar pasar ese aluvión de provinciales y exóticos, todos ellos gente de humilde condición, viajeros de rebaja que son dichosos pensando que para su solaz y diversión sobre todo se han reunido tantas cosas buenas entre la Escuela militar y el Trocadero. Se derraman por aguaceros, digámoslo así, y muy luego forman como una marea alta, subiendo. Las calles se llenan, los carruajes se cruzan, y todo esto se remueve y chapotea, como á la hora de la pleamar, las olas en las escolleras.

Los trenes los han traído por centenares de miles, procedentes de todas las provincias, la provincia de Francia y la provincia del extranjero. Ved cómo se diseminan entre nosotros, en las avenidas de la Exposición, mirando con tamaños ojos abiertos, creyendo ver y estando deslumbrados y aun anonadados. Miran sin ver, como se bebe sin gustar, cuando se tiene mucha sed. No se toman el tiempo necesario para saber lo que miran. ¡Tienen tantas cosas que ver! Y continúan su excursión marchando resueltamente adelante, fatigados, cariacontécidos, dejándose caer de vez en cuando en los bancos siempre llenos de gente.

Cada cual ha conservado más ó menos su traje. He aquí una buena vieja bretona, con su cofia de Auray, que va del brazo con su ahijado, soldado de infantería de marina que vuelve de la guerra. Entre los dos ha mediado este diálogo después de tanto tiempo de ausencia:

— ¡Ah! eres tú, el Tonkín, mi ahijado!

— No lo sé á punto fijo; sólo sé que vengo de muy lejos.

Y la buena mujer, con su grueso talle de vieja apretado en su corpiño de reps negro, con tiras de terciopelo, sigue muy satisfecha á través del gentío, en que hay muchos que celebran topar con ella en la calle del Cairo, á su edad y tan lejos de su tierra.

Después un húngaro, con sus botas de alamares, y la historiada redingota ceñida á



¡Bah! la Exposición!



Yo os haré ver animales de cuernos